

Conceptualizar la simultaneidad: la ciudad de 354 horas

Por Leonardo Brandolini Kujman*

Los primeros minutos de *Fin del siglo* (*End of the Century*, 2019), el minimalista y prometedor debut en la dirección de Lucio Castro, muestran la futilidad de la existencia humana, justamente lo contrario de la esencia misma del lenguaje cinematográfico, preocupado básicamente por lo relevante y esencial. Dos chicos se conocen por casualidad en Barcelona. Ocho (Juan Barberini), un hombre joven que se ha separado de su pareja después de una larga relación y Javi (Ramón Pujol), un veinteañero bien parecido que ya lleva cinco años en Berlín, están de visita en la capital catalana. Ambos buscan algo sin saber lo que es; las cosas han cambiado y los dos comparten el mismo ánimo vital: que la vida se les escapa de entre las manos.



Fotograma de *Fin de siglo* (Lucio Castro, 2019)

Castro, responsable también de su modélico guion, juega con el tiempo real y el ficticio. Sin dar ninguna pista, con tan solo apenas pequeños detalles, cuenta una historia de amor de un fin de siglo que parece que nunca existió, y que el espectador debe reconstruir en cada visionado, porque no hay historias que se vean de igual manera, ni siquiera las que se comparten en una misma sala de cine. De esta manera, la cámara sigue desde la distancia a Ocho mientras pasea por las calles y plazas de la ciudad con la rutina y libertad propias de un visitante solitario: come, bebe, saca fotos, va a la playa y lee a Julio Verne. En un momento dado disfruta de la lectura junto a la ribera del mar, en la Barceloneta, cuando su atención se detiene en el físico esbelto de un chico pelirrojo, Javi, el mismo muchacho al que reconocerá y llamará desde el balcón de su apartamento poco tiempo después. Así comienza una historia de amor melancólica y sosegada con ecos del fin de semana de Andrew Haigh (*Weekend*, 2011) y de la admirable trilogía *Before Sunrise* de Richard Linklater (1995-2013); e incluso con el dulce regusto de un clásico como *Brief Encounter* (David Lean, 1945). Cotidianeidad que Lucio Castro, realizador y diseñador argentino afincado en Nueva York, describe con impecable pulcritud y elegancia en sus logradas composiciones visuales. El planteamiento inicial mínimo, el de un título y un punto de partida anodinos es, además, clave para entender un filme que combina de manera acertada y original los saltos en el tiempo y que, en su relato de vidas cruzadas de dos hombres a lo largo del tiempo, se erige en una suerte de metonimia privilegiada de los procesos transnacionales que ponen en circulación productos culturales de ambos lados del Atlántico, como el que analiza esta crítica.

La visión de la ciudad vacía y de la pertenencia-ausencia social que manifiesta la cámara de Castro se pueden conectar, en este aspecto, con la experiencia vital que se asienta en el concepto de campo social propuesto por Pierre Bourdieu y por la escuela de antropología de Manchester, que distingue entre formas de ser y formas de pertenecer a un lugar determinado. Campo social que

debe entenderse además como conjunto de múltiples redes entrelazadas de relaciones sociales a través de las cuales las ideas, prácticas y recursos se intercambian, pero se organizan y transforman también de manera desigual, y a las que el sociólogo francés puso en circulación para llamar la atención sobre las formas en que las relaciones sociales se estructuran a través del poder, cuestionando los límites y divisiones claras entre lo local, lo nacional, lo transnacional y lo global. En cierto sentido, los dos hombres de *Fin de siglo* visibilizan esas conexiones y rupturas, cercanas y distantes a lo largo del tiempo, y que penetran no solo en su biografía cotidiana como pareja de amigos amantes, sino también como manifestación exclusiva de su propia individualidad, como la huella de personas que vivieron alguna vez en un lugar concreto en tiempos distintos. Los entornos en los que Ocho y Javi se encuentran, pero en los que también se pierden y se vuelven a encontrar, ya sea el horizonte verde y azul de Montjuïc o la desolada terraza en blanco de la Fundació Joan Miró, muestran que ambos jóvenes, al igual que cualquier otra pareja de individuos, pueden participar en sus redes personales respectivas, recibir ideas e información que los conecte con otros, e incluso traspasar las fronteras de un estado-nación, para alcanzar la categoría de lo global, aunque nunca hayan migrado física o anímicamente del todo.

Fin de siglo se podría enmarcar así dentro de los estudios que abordan la migración desde la transnacionalidad, con personajes que superan lo que ocurre dentro de los países de los que provienen y que, al mismo tiempo, ejemplifican con su movimiento continuo y multiplicidad de ubicaciones geográficas y sentimentales, la permeabilidad de fronteras y límites territoriales. Que Ocho sea un poeta argentino que reside en Nueva York y que vuelve a la ciudad condal después de mucho tiempo; y que Javi sea un español afincado en Berlín, que mantiene lazos familiares y sentimentales en Cataluña, a la que vuelve ocasionalmente, supone además una reformulación original de la idea de cine transnacional y, en último término, del concepto mismo de sociedad e

instituciones sociales como la familia, la ciudadanía y los estados-nación, que Castro se encarga de revisar y recomponer a partir de la representación que su cine hace de dos individuos en constante movimiento. Para ello, el cineasta argentino imprime a este film de un estado de ánimo elíptico y desorientador, de un embrujo hipnotizador, en una especie de *El año pasado en Marienbad* (Alain Resnais, 1962), que busca deliberadamente sembrar la duda y la desorientación entre la audiencia que se asoma a esta sugestiva e imprescindible obra. Algo que se puede ver en la armoniosa coreografía de movimientos de sus dos protagonistas. Tanto el circunspecto Ocho, como el espontáneo y agradable Javi permanecen incluso en sus respectivas caracterizaciones cuando la película mira hacia atrás, hacia el umbral del milenio que fue el ya lejano año 1999. En estas escenas, en las que Javi está trabajando en una película documental sobre el milenio, se intuye además la sombra del mismo Castro, quien parece también estar protagonizando la historia, como si de un espectro del pasado se tratara.

Si los campos sociales son multidimensionales y abarcan interacciones estructuradas de diferentes formas, profundidad y amplitud que se diferencian en la teoría social por los términos organización, institución y movimiento social, las fronteras nacionales, como los fines de semana, no son necesariamente contiguos a las fronteras que se diluyen entre las vivencias de Ocho y Javi. Los campos sociales en los que estos dos jóvenes se insertan son aquellos que sitúan y conectan a los actores a través de relaciones directas e indirectas, concretamente la de los campos sociales transnacionales. Cuando, en un momento de la película, Ocho descubre en la biblioteca de un amigo una copia del libro *Cerca de los cuchillos*, del artista David Wojnarowicz, quien falleció víctima del SIDA, parte del texto del libro se desplaza por la pantalla, dejando leer un fragmento que resalta el hecho de permanecer para siempre entre lo desconectado y desconocido.

Fin de siglo muestra de forma ejemplar ese melancólico reflejo de dos personas que no son muy conscientes del momento en que se encuentran y que en este viaje en el que se reencuentran, en esta historia de amor de chico a chico que se extiende durante un fin de semana, durante una semana, durante meses y también durante años, y que parece filmada con una especie de realismo en tiempo real que no rehúye la tristeza, ni el romance, y en el que hay una sensación de que la experiencia sexual no es simplemente emocionante por sí misma, sino una aventura para empezar a definir el sentido de uno mismo: como la apertura de una pizarra en blanco. Naturalidad entre la ficción y el documental, cercana al cine oriental de Naomi Kawase y de Hirokazu Kore-eda, pero que está influida también por la mitología romana, por Jano, el dios de las puertas, los comienzos, los portales, las transiciones y también de los finales. Por eso tiene sentido invocar su nombre, del que parece derivar el mismo título de esta hermosa película.

Estructurada en secuencias largas, cada una de las cuales casi tiene existencia propia como película independiente, la suma de todas ellas hace de *Fin de siglo* una obra conmovedora que habla de la familia, de la soledad, de la capacidad de asumir nuestros errores, de la lealtad, del orgullo, de la sensación de no encontrar nuestro lugar, y también de las luces y sombras de la vocación artística. Película de impecable madurez, que impresiona por su prodigiosa realización y por el soberbio trabajo de sus dos actores masculinos, nos reafirma en nuestra creencia de que descubrir nuevos cineastas siempre es y será algo gratificante, y más en una época tan extraña como esta. Si el cine es el arte de moldear el tiempo, y el pasado, como diría Harold Pinter, es un país extranjero, no cabe duda de que con *Fin de siglo* estamos ante una gran película, no solo por la mirada personal y única de Lucio Castro, sino también por los muchos momentos de felicidad que nos va a proporcionar su cine allá donde nos volvamos a encontrar, dichosos, con su profunda y tierna mirada.

* Leonardo Brandolini Kujman vive, estudia y trabaja en Lincoln, Nebraska. Estudió Teoría y Estética de la Cinematografía en la Universidad de Valladolid y actualmente continúa su formación en la Universidad de Nebraska-Lincoln. Ha sido colaborador también de publicaciones como Música de Cine y de la revista *Versión Original*, Cáceres (España).
E-mail: leonardo.brandolini@huskers.unl.edu